

6. ECONOMÍA POLÍTICA DEL LEVANTAMIENTO EGIPCIO DE 2011

STEPHEN MAHER

[Artículo publicado en *Monthly Review*, vol. 63, No. 6, Noviembre de 2011. Stephen Maher (smaher85@gmail.com) es un escritor independiente de Washington, DC. Sus trabajos han aparecido en *The Guardian*, la *International Socialist Review*, *Truthout* y otras publicaciones. Su website es: <http://rationalmanifesto.blogspot.com>. Se publica con autorización de Monthly Review Press. Traducción de Salvador Aguilar.]

No pasó mucho tiempo entre el anuncio del vicepresidente egipcio, Omar Suleiman, de que Hosni Mubarak estaba a punto de dimitir de su puesto de presidente y la visita al país de la secretaria de Estado norteamericana Hillary Clinton, que felicitó al pueblo egipcio por lo que consideró un trabajo bien hecho. Los revolucionarios, según ella, habían alcanzado su objetivo. Todo el mundo podía irse a casa, sentirse orgulloso del logro histórico conseguido y dejar la limpieza final a los adultos responsables, es decir, a los Estados Unidos y a sus estrechos aliados, los militares egipcios, que han gobernado Egipto desde 1952. Para probar que no había resentimiento alguno contra los egipcios por haber derrocado a uno de los aliados más próximos e importantes de Estados Unidos en el mundo árabe, el FMI, el Banco Mundial y el G-8, y los propios Estados Unidos, las mismas entidades responsables del apoyo recibido por el régimen de Mubarak durante treinta años y de la imposición a Egipto de programas draconianos de corte neoliberal, han aumentado hasta los 15.000 millones de dólares la ayuda crediticia a Egipto y Túnez para asistirles en sus transiciones democráticas. Esta generosidad exige preguntarse por qué los gobiernos occidentales, y las instituciones financieras internacionales (IFI) estrechamente vinculadas a ellos, compiten en sus afanes por mostrar esa generosidad ante los revolucionarios y por exhibir su apoyo al progreso de Oriente Medio.

Los sistemas ideológicos occidentales y la propaganda del *establishment* egipcio han reproducido en gran parte el mensaje implícito de Clinton de que hay un enfrentamiento entre un capitalismo «malo» y otro «bueno», de manera que se ha apartado a Mubarak y a su pandilla de asociados «corruptos» y ahora se puede restaurar el equilibrio benevolente del sistema mediante la sustitución de los malos chicos por los buenos, que serán seleccionados por medio de unas elecciones supervisadas por un ejército egipcio que cuenta con el beneplácito y apoyo de Estados Unidos. De acuerdo con esto, y como dejan

claro los acontecimientos recientes, el compromiso de las IFI y de los gobiernos occidentales con la «justicia social» se produce a condición de que prosiga la transformación neoliberal de la sociedad egipcia que ha estado avanzando durante décadas. Sin embargo, ¿el problema al que se enfrentan los egipcios es meramente una prolongada serie de anomalías relacionadas con la corrupción o es el sistema como tal? ¿Es adecuada la democracia liberal capitalista para satisfacer las demandas de la revolución? ¿Existe el potencial para algo más? En este punto, no podemos dejar de lado lo que es la pregunta esencial: *¿Cómo se relacionan el levantamiento egipcio y la nueva realidad que está contribuyendo a crear con el capitalismo global?*

Los revolucionarios egipcios, conscientemente o no, están cuestionando directamente el dominio del capital. Las IFI y los gobiernos occidentales, temerosos de las consecuencias de un giro explícitamente anticapitalista del movimiento, se han afanado por garantizar que Egipto permanezca integrado en el sistema capitalista global. La «generosidad» de Occidente es un medio para establecer una potente influencia sobre el futuro de Egipto. Manteniendo su economía endeudada, la capacidad para cerrar el grifo del crédito puede usarse para mantener a Egipto fuertemente vinculado con el capital extranjero y fortalecer el dominio que ejercen el ejército egipcio y su burguesía aliada ante la posibilidad de una revuelta popular. Medidas como estas se activan bajo la máscara de una transición ordenada después del gobierno de Mubarak, ayuda económica para los pobres, y elecciones generales libres y justas. Al ponerlas en marcha, Occidente y sus aliados dentro de Egipto intentan desmovilizar el levantamiento popular y limitar el potencial de la revolución para reconfigurar la sociedad egipcia.

La transformación neoliberal de Egipto

Desde la muerte del líder nacionalista Gamal Abdel Nasser hace treinta años, Egipto se ha embarcado en un proceso de neoliberalización en gran parte instigado por Occidente. Al sacar al país del colonialismo y el feudalismo, Nasser creó una economía autoritaria y fuertemente centralizada. Después de que Egipto fuera triturado y vencido por Israel en 1967, Anwar Sadat, el sucesor de Nasser, firmó un tratado de paz con Israel en 1978 avalado por Washington y, con ello, abrió las puertas al ingreso egipcio en el sistema imperial

norteamericano. Mientras que la ayuda de EE.UU. al régimen egipcio crecía rápidamente, Sadat iniciaba una política de *infitah* (apertura) que puso en marcha la transformación neoliberal del país y vinculaba su economía al capital internacional, proceso que Mubarak aceleró después del asesinato de Sadat en 1981. Cuando en 1982-1990 la crisis de la deuda forzó a Egipto a acudir al Club multinacional de París para su reestructuración, el FMI impuso un programa de ajuste estructural de orientación neoliberal como condición para que el flujo de crédito no se detuviera. Las condiciones del FMI forzaron al Gobierno a recortar el gasto en servicios sociales, relajar los controles de precios, rebajar los subsidios, desregular y privatizar industrias, poner la inflación bajo control y liberalizar los flujos de capital. Este programa interrumpió la enorme solidaridad regional del nacionalismo árabe durante los años de Nasser y consolidó el poder de una clase dominante vinculada al capital global que prescindió por completo de las desastrosas consecuencias que eso implicaba para las clases bajas.

Para las relaciones sociales en Egipto, la transformación tuvo consecuencias de gran alcance, entre ellas una creciente desigualdad, pobreza e inseguridad social que afectaron a las clases bajas, así como una exclusión violenta de los millones de personas que fueron condenadas a la más abyecta miseria. El Estado neoliberal dismanteló las protecciones sociales, vaciando y privatizando el sistema egipcio de salud pública y otros servicios sociales al mismo tiempo que numerosas industrias de propiedad estatal. Solo durante el gobierno de Mubarak, los subsidios alimentarios se redujeron en más de un 50% al tiempo que la privatización frecuentemente equivalía a «menor estabilidad laboral, más horas de trabajo y un menor nivel de servicios sociales para los trabajadores», como indica un informe reciente del Centro de Solidaridad, lo que significaba un medio muy efectivo de disciplinar a la fuerza de trabajo.⁸⁶ De hecho, y según la Organización Internacional del Trabajo (OIT), Egipto se sitúa entre los veinticinco peores violadores mundiales de los derechos laborales, lo que contrasta con el hecho de que los aliados políticos del régimen se beneficiaron enormemente de los procesos privatizadores mencionados. Los activos públicos se entregaron a una oligarquía interior que

⁸⁶ Joel Beinin, «Egyptian workers demand a living wage», *Middle East Channel*, 12.05.2010, <http://mideast.foreignpolicy.com>.

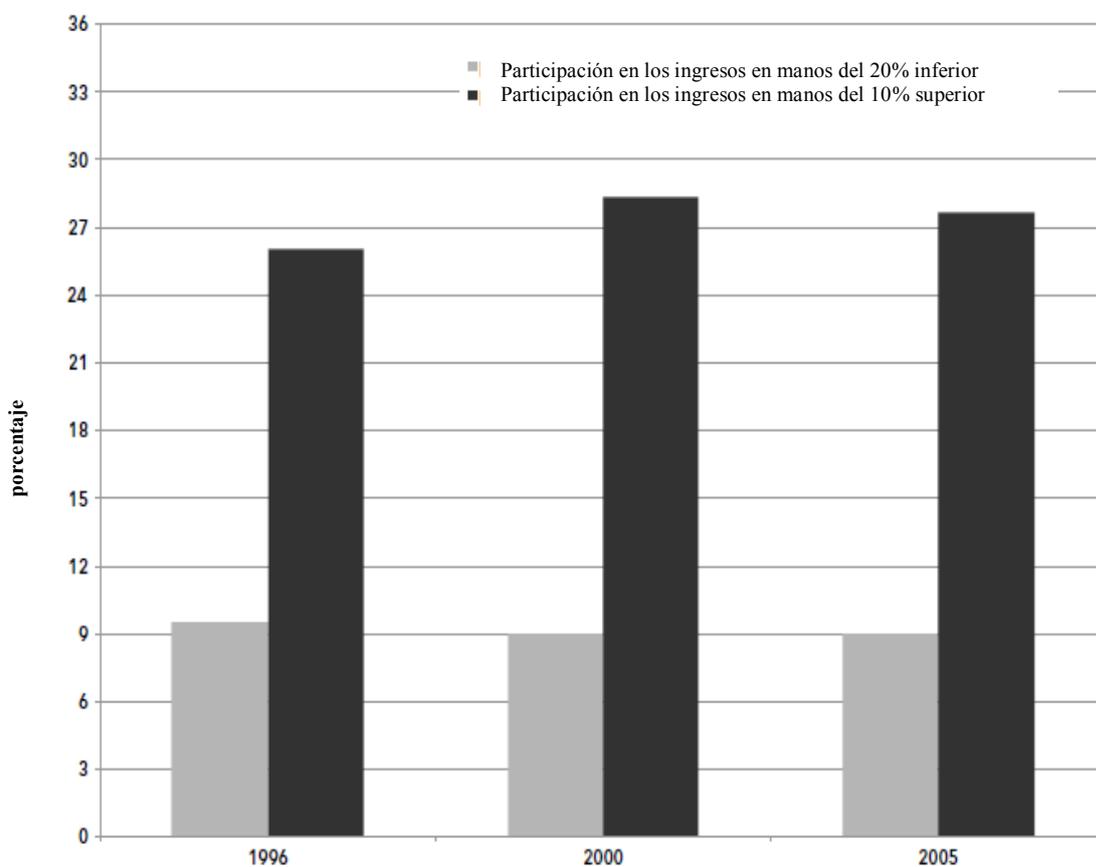
incluía a numerosos miembros de la clase de oficiales del ejército, con lo que se formó una nueva clase capitalista estrechamente vinculada al aparato del Estado. Quedaron establecidos tanto un ciclo de deuda, por medio de la cual los financieros occidentales extraían enormes riquezas del país, como una corriente creciente de Inversión Extranjera Directa, lo que significaba que los vastos nuevos excedentes extraídos de los trabajadores egipcios se dividían entre la nueva clase dominante egipcia y sus apoyos occidentales.

El Egipto bajo dominio de Mubarak conoció un considerable crecimiento económico. El PIB (Producto Interior Bruto) per cápita entre 1981 y 2006 se multiplicó por cuatro (en términos de paridad de poder adquisitivo, que es un método para comparar la actividad económica entre países manteniendo constantes las tasas de intercambio de divisas entre los mismos). Sin embargo, este crecimiento fue acompañado, coincidiendo con el momento de la dimisión de Mubarak, por una progresiva desigualdad que «alcanzó unos niveles nunca vistos con anterioridad en la historia moderna de Egipto».⁸⁷ Pese a los incrementos en producción y riqueza, los salarios reales no crecieron en igual proporción y, de hecho, en muchos casos en realidad declinaron. El salario mínimo egipcio, por ejemplo, ha permanecido inalterado durante veintiséis años, pese a los incrementos de la productividad y una inflación significativa, en particular en los precios de los bienes de consumo. Una mayoría de obreros trabajan durante largas horas (según la OIT, el egipcio o egipcia promedio trabaja cuarenta y ocho horas semanales) y reciben un salario que no alcanza a cubrir las necesidades básicas. No es excepcional que los empresarios simplemente se abstengan de pagar por completo a sus empleados. En pocas palabras, los programas neoliberales sirvieron para consolidar el poder de la clase dominante egipcia y concentrar la enorme nueva riqueza generada en el país en manos de los más ricos, quienes se hicieron con una creciente porción de la rápidamente creciente tarta mientras que las clases bajas veían declinar su parte (para los detalles, véanse las figuras 1 y 2).⁸⁸

⁸⁷ Yasser El-Shimy, «Egypt's struggle for freedom», *Foreign Policy*, 27.01.2011, <http://www.foreignpolicy.com>. Para los datos sobre el crecimiento del PIB per cápita, véase «World Economic and Financial Surveys, World Economic Outlook Database, abril de 2006», <http://imf.org>.

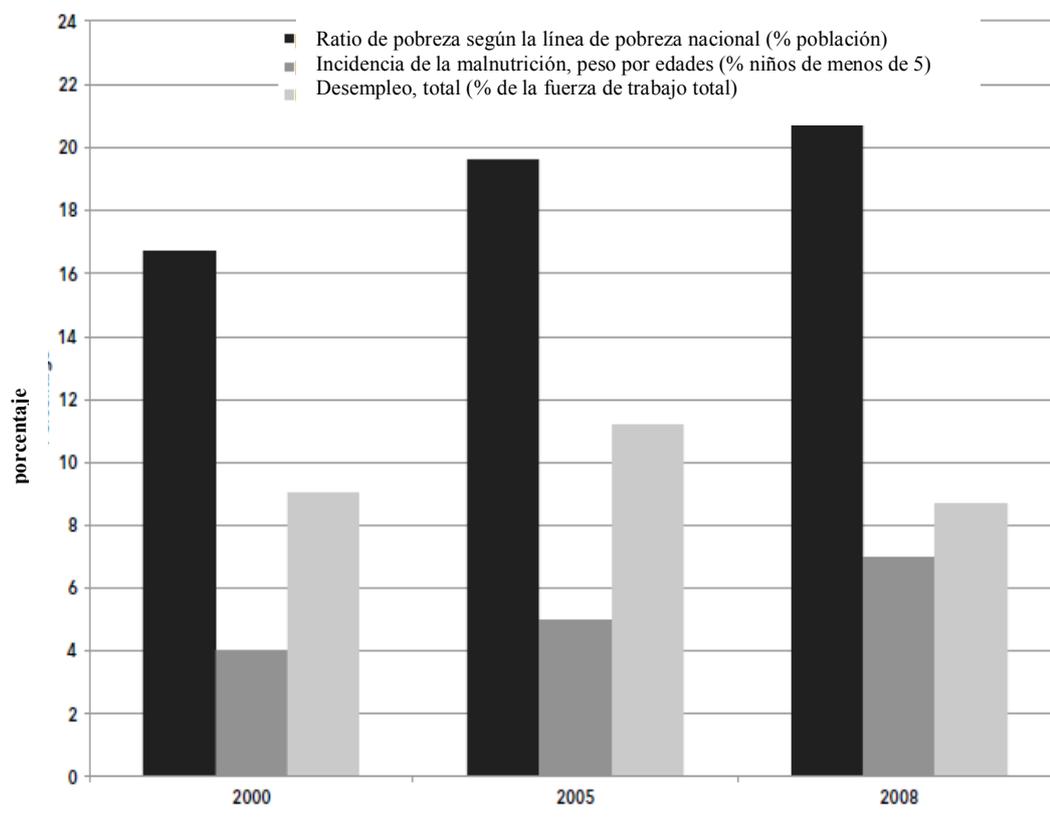
⁸⁸ «World Development Indicators, 1960-2008», ficha de datos obtenida de ProQuest Statistical Datasets, 2011, <http://web.lexis-nexis.com/statuniv>.

FIGURA 1 Participación en los ingresos en Egipto. 10% superior y 20% inferior, 1996-2005



⁸⁹ Ibid.

FIGURA 2 Pobreza, desempleo y malnutrición en Egipto, 2000-2008



Tampoco las estructuras institucionales existentes proporcionan a los trabajadores un medio para compensar sus agravios. Dejando de lado la naturaleza no democrática del aparato del Estado, la FES (Federación Egipcia de Sindicatos, ETUF por sus siglas en inglés), que es manifiestamente la organización representativa de los trabajadores, estaba dominada por el régimen y había prestado apoyo a los programas neoliberales de privatización que tan desastrosos fueron para la fuerza de trabajo y los pobres. Después de que el primer ministro Ahmad Nazif y su Gobierno reformista ocuparan sus cargos en 2004 y empezaran a imponer el programa neoliberal con renovado vigor, las crecientes desigualdades y las relaciones sociales basadas en la

⁹⁰ Ibid.

explotación fueron conduciendo a los trabajadores a ejercer presión contra la clase dominante desde el interior de los lugares de trabajo.

Una ola sin precedentes de huelgas y piquetes, a la que se opuso la FES, empezó a afectar a la producción: entre 2004 y 2010 se produjeron en Egipto más de 3.000 acciones laborales. Los primeros sectores en ser alcanzados por las huelgas fueron los de ropa y textil, pero pronto se les unieron los trabajadores de la construcción, del transporte, del procesamiento de alimentos e, incluso, del sistema del metro de El Cairo. Cuando en 2007 los precios de los alimentos subieron repentinamente un 24% durante la crisis mundial de los alimentos, desencadenando con ello motines masivos de subsistencia, la cólera por las condiciones sociales existentes se disparó. Con 55 millones de personas, alrededor del 75% de la población, gastando en alimentación la mayor parte de sus ingresos, la conciencia de la clase obrera empezó a reorientarse con consecuencias dramáticas: el miedo a las fuerzas internas de seguridad, tan temidas, fue superado por el hambre y la desesperación. En contradicción con los principios neoliberales adoptados por el régimen, el Estado se vio forzado a poner en práctica un programa de subsidios ampliados con objeto de estabilizar los precios.

Entre tanto, un destacado movimiento obrero empezó a cobrar forma en las ciudades industriales egipcias, como Mahalla. En 2006, los 25.000 trabajadores empleados por Misr Spinning & Weaving⁹¹ entraron en huelga en lo que fue la más importante acción obrera antes del desalojo de Mubarak. El 6 de abril de 2008, de nuevo, una manifestación en Mahalla alcanzó en pocas horas los miles de personas, una acción que, en palabras de unos antiguos funcionarios del régimen,⁹² «captó la atención de todo el país» y «sacudió al Régimen hasta el tuétano». Los manifestantes marcharon por las calles cantando eslóganes anti-Mubarak, se enfrentaron a la policía, quemaron vehículos y, en actitud triunfal, descolgaron un retrato de Mubarak. La protesta constituyó un éxito rotundo y consiguió la concesión de primas y aumentos salariales, y quizá más importante, desencadenó lo que ha dado en llamarse Movimiento del 6 de Abril, que atrajo a un gran número de jóvenes partidarios en Facebook y fue la

⁹¹ Empresa textil de propiedad estatal. [T.]

⁹² Anand Gopal, «Egypt's Cauldron of Revolt», *Foreign Policy*, 16.02.2011, <http://foreignpolicy.com>.

génesis de la poderosa alianza que traería la revolución a Egipto y haría caer una dictadura pocos años después. El movimiento continuó acumulando fuerzas a finales de 2009, cuando los recaudadores de impuestos municipales organizaron en El Cairo una sentada callejera con 10.000 participantes y de tres días de duración que consiguió un 325% de incremento salarial y el derecho a formar un sindicato independiente, el primero de la historia egipcia moderna. En 2010, trabajadores procedentes de una docena de centros de trabajo establecieron «una presencia permanente de sectores disidentes de la clase obrera en el centro comercial de El Cairo», con lo que llevaron a cabo una sentada de varios meses de duración enfrente mismo del Parlamento.⁹³

Como cabía esperar, las instituciones financieras neoliberales mostraron escasa simpatía por las víctimas de sus prescripciones en forma de políticas públicas. Pese a las ruinosas consecuencias de esas medidas para las clases bajas, el FMI y el Banco Mundial defendieron una y otra vez a Egipto como un modelo para la reforma neoliberal. El ministro de finanzas de Mubarak, Youssef Boutros-Ghali, fue nombrado en 2008 Presidente del Comité Financiero del FMI. En septiembre de 2009, el Banco Mundial designó con orgullo a Egipto uno de «los 10 países reformistas más activos del mundo» por cuarta vez. En febrero de 2011, justo unos días antes de la insurrección revolucionaria, el FMI hizo público un fervoroso informe sobre la economía egipcia donde declaraba que «el desempeño económico ha sido mejor de lo esperado» y ensalzaba «la cuidadosa gestión fiscal» del Gobierno.

Algo no mencionado en la «desenvoltura para hacer *rankings* de negocios» del Banco Mundial ni en la evaluación del FMI es la feroz represión estatal de la oposición al proyecto neoliberal. Más allá de frases retóricas acerca de las libertades individuales, imponer el neoliberalismo requiere la coerción estatal para disciplinar a los obreros y amansar a los pobres, así como contener la disidencia entre la clase media educada. Desde el asesinato del antiguo presidente Anwar Sadat en 1981, Egipto ha permanecido bajo un continuo estado de emergencia, lo que ha permitido al aparato del Estado «implicarse en violaciones masivas y con frecuencia sistémicas de los derechos laborales» a

⁹³ Beinin, op. cit.

la vez que ejercer la tortura e incluso el asesinato de los críticos del régimen.⁹⁴ Las restricciones legales impuestas a las ONG han permitido también al Gobierno poner a las organizaciones obreras en el punto de mira y, con frecuencia, conducir las al cierre por la fuerza.

No obstante, a pesar de acciones represivas como estas, el movimiento social en crecimiento, sin paralelo en la historia moderna de Oriente Medio, quedó reforzado y ampliado a medida que la progresiva disponibilidad de nuevas tecnologías vinculaba las fábricas entre sí y forjaba también vínculos entre socialistas, activistas de Internet y trabajadores. A pesar de que en el Egipto de 2000 las tecnologías de Internet y del teléfono móvil eran prácticamente inexistentes, para el año 2009 el 20% de los egipcios disponía de acceso a Internet y un 70% de la población poseía teléfonos móviles. Estratos cada vez más amplios de la sociedad egipcia se dieron cuenta de la capacidad de arrastre del movimiento, con lo que concepciones mentales en expansión acerca del potencial revolucionario para el futuro empezaron a echar raíces. Una clase media urbana joven y educada, cuyas ansias de autoexpresión individual libre quedaron ampliadas por la proliferación de una cultura de los *blog* en su mayor parte fuera del alcance del control estatal, entró en contacto online, pero también físicamente, en las calles de El Cairo, Mahalla y otros lugares, con el expansivo movimiento de resistencia de los trabajadores. A medida que el potencial liberador de la base tecnológica fue tomando forma cada vez más, conciencias en transformación y tecnologías interactuaron e hicieron posible la forma organizativa radicalmente democrática que tomó el movimiento. Los vínculos sociales descentralizados y desregulados promovidos por la explosión de las nuevas tecnologías chocaron directamente con la estructura de relaciones sociales existente. La alianza entre el movimiento juvenil urbano naciente y los trabajadores empezó a tomar cuerpo.

De esta forma acabaron emergiendo los antagonismos decisivos que impulsaron la transformación social revolucionaria. El aparato del Estado impuso contundentemente las políticas neoliberales que exacerbaban el

⁹⁴ Joel Beinin, et al, «Labor protest politics and worker rights in Egypt» [La política de la protesta obrera y los derechos de los trabajadores en Egipto], Carnegie Middle East Center, 17.02.2010, <http://carnegie-mec.org>.

conflicto de clases y, en la medida en que los salarios reales caían por debajo de los niveles de subsistencia, crearon una crisis social. Mientras tanto, las nuevas tecnologías vincularon entre sí a los insatisfechos, a los explotados y los marginados, con lo que expandían las concepciones sobre los límites de lo posible. Una nueva conciencia como esta y la naturaleza no jerárquica de las tecnologías empleadas se reflejaron en el crecimiento de un movimiento dotado de una forma organizativa horizontal y descentralizada. Al mismo tiempo, dentro del proceso productivo, aparecieron fracturas diversas a medida que trabajadores crecientemente dotados de poder buscaron, por medio de huelgas y manifestaciones, aplicar presión a la clase dominante y a un autoritario aparato de Estado incapaz de reaccionar. De forma parecida, una clase media urbana joven y educada acumulaba frustraciones bajo el peso de la configuración institucional autoritaria del aparato del Estado. Y con cada nueva victoria del nuevo movimiento social democrático, el terror utilizado por el aparato coercitivo del Estado para mantener el orden empezó a tambalearse mientras crecía el sentido de un empoderamiento popular.

La revolución: tensiones y antagonismos

Durante el año previo que condujo a la insurrección revolucionaria, y a pesar de los incrementos de los subsidios introducidos por el Gobierno después de los disturbios de 2008, los precios de los alimentos en Egipto escalaron un nuevo 30%.⁹⁵ Esta rápida escalada de los precios fue impulsada, al menos en parte, por la decisión de la Reserva Federal norteamericana de poner en práctica un programa de flexibilización cuantitativa [*quantitative easing*] por un valor cercano a los 2 billones de dólares que inundó el mercado de liquidez e infló los precios de los activos valorados en dólares, lo que implicó un crecimiento claro de los precios de las mercancías que golpeó con mayor dureza a los países más pobres. Como explica David Harvey, el capital es incapaz de resolver sus tendencias hacia la crisis, y se limita a moverlas de sitio. En *El enigma del capital*, Harvey subraya que es importante «reconocer este perpetuo reposicionamiento de una barrera a expensas de otra y admitir, así, las múltiples maneras en que las crisis se forman bajo situaciones

⁹⁵ David Biello, «Are high food prices fueling revolution in Egypt?», *Scientific American blogs*, 1.02.2011, <http://scientificamerican.com>.

históricas y geográficas diferentes». ⁹⁶ Las instituciones financieras occidentales buscaban estabilizar el sistema en medio de la crisis de 2009, pero lo que hicieron fue simplemente reubicarla: los levantamientos que se extendieron a lo largo y a lo ancho de Oriente Medio fueron parcialmente alimentados por este repunte de la inflación (la tasa egipcia de inflación se dobló en 2009).

El éxito de la revolución no violenta en Túnez impulsó en Egipto una radicalización adicional, particularmente entre la clase media urbana, animando a estos sectores a unirse a los obreros en su creciente oposición al régimen. Las docenas de miles de protestatarios de El Cairo el 25 de enero pronto crecieron hasta convertirse en una asamblea de masas, semipermanente, que concentró a centenares de miles de individuos en la Plaza Tahrir mientras las palabras e imágenes de la explosión popular se difundían vía tecnologías como Twitter, Youtube y Facebook. En Tahrir, a medida que emergía la forma organizativa adecuada a la nueva base tecnológica, los protestatarios dejaron en suspenso de manera efectiva el poder del Estado.

El carácter no jerárquico de esas tecnologías se reflejó en la forma organizativa horizontal y carente de liderazgo que asumió la insurrección y que puso en aprietos la estructura autoritaria de las instituciones estatales, tanto explícitamente, mediante el acto de la desobediencia civil no violenta, como implícitamente, al poner en práctica un modelo alternativo de organización social que era genuinamente anarquista y radicalmente democrático. El 26 de enero, buscando con ello inhibir el movimiento mediante el acceso al control de sus soportes tecnológicos, el régimen de Mubarak cerró buena parte del internet egipcio, a lo que siguió poco después la interrupción de las comunicaciones por móvil. Mientras, en un intento por probar lo inapropiado del modelo revolucionario, que buscaba mantener la armonía social en ausencia de las instituciones del Estado autoritario, el régimen retiró a los policías de las calles y pagó a muchos de ellos a continuación para que saquearan comercios y desataran el pánico y la violencia.

Sin embargo, esos esfuerzos no sirvieron de nada. Las tecnologías usadas por el movimiento eran en su misma esencia antitéticas con un control autoritario rígido como ese. En un esfuerzo desesperado por detener la

⁹⁶ David Harvey, *The enigma of capital and the crises of capitalism* [El enigma del capital y las crisis del capitalismo], Oxford University Press, Nueva York, 2010, p. 117.

expansión del movimiento, el Estado desató una ola de violencia entre los manifestantes procedente tanto de la *baltagiya* (matones civiles pagados por el régimen) como de las unidades paramilitares de francotiradores vinculadas al Ministerio del Interior. Según una investigación judicial posterior, cerca de 900 personas fueron asesinadas, en su mayor parte por medio de disparos de policías francotiradores dirigidos a la cabeza y el pecho, mientras que 6.400 quedaron heridas por miembros de la *baltagiya*.⁹⁷ A la vista de estos asaltos, brotaron de forma espontánea unidades comunitarias de defensa que protegieron a la gente de tales ataques poniendo en marcha una red de puntos de control callejero. Puesto que todos los egipcios están obligados a llevar consigo un carnet de identificación en el que figura su ocupación, resultó fácil para los que atendían los puntos de control discernir quiénes estaban con la policía y tomar las medidas apropiadas para proteger a la ciudadanía. Los protestatarios habían demostrado que el aparato institucional del Estado autoritario no solo era innecesario y no querido, sino también inferior. Habían demostrado que un mundo mejor es posible.

Las protestas en la Plaza Tahrir fueron apoyadas por acciones disruptivas de la producción que llevaron a la economía egipcia a una parálisis. Además de la evaporación de los ingresos del turismo (6% del PIB), cerraron muchas fábricas y comercios, así como el sector bancario egipcio, durante la mayor parte de las tres semanas de protestas que condujeron a la dimisión de Mubarak. La paralización de la producción y la consiguiente devaluación de activos convirtió el levantamiento en algo muy costoso para la clase dominante. A pesar de las advertencias del Ejército que urgían a la gente a «volver al trabajo y cobrar sus sueldos, y que la vida retorne a la normalidad», la mayor parte de la producción permaneció interrumpida a un coste de, al menos, 310 millones de dólares por día según el Banco de Crédito Agrícola.⁹⁸ Los trabajadores de Mahalla, por ejemplo, se sumaron a una enorme huelga general de ámbito nacional que empezó el 9 de febrero, reforzando así crucialmente las manifestaciones populares de El Cairo y de otros lugares y acelerando la caída de Mubarak. Los paros laborales estallaron también en los bancos públicos, en el Ministerio del

⁹⁷ Maggie Michael, «Egypt: at least 846 were killed in protests» [Egipto: al menos 846 muertos en las protestas], *Washington Times*, 19.04.2011, <http://washingtontimes.com>.

⁹⁸ «Egypt unrest: Banks, reopen after week of closure», *BBC News*, 6.02.2011, <http://bbc.co.uk>.

Petróleo y el Gas, en el sector del transporte, en los ministerios de Telecomunicaciones y de Sanidad y en otros lugares en ciudades de todo el país.

El 11 de febrero, después de varios intentos de sofocar el levantamiento mediante cambios cosméticos del régimen, Omar Suleiman, que era el jefe de las temidas fuerzas de seguridad internas pero, como concesión a los protestatarios, fue ascendido por Mubarak a la vicepresidencia del Gobierno, anunció la dimisión de aquél. Pero inmediatamente después de la caída de Mubarak, los trabajadores dejaron claro mediante un conjunto de huelgas en las que sumieron a todo el país que no consideraban completa la revolución, con la consiguiente alarma del capital, tanto interno como internacional. Mayor dramatismo aún implicaron las marchas sobre El Cairo desde todas partes de Egipto, poco después de la dimisión de Mubarak, de 5.000 empleados de la cadena de almacenes Tawfiq al-Nour que obtuvieron una jornada de trabajo de 12 horas y un significativo aumento salarial. «Es el momento de actuar», comentó un organizador obrero, «queremos el derrocamiento de todo este sistema, no solo la eliminación de una persona».⁹⁹

El futuro: promesa y peligro latente

Las continuas acciones del movimiento obrero y la respuesta desesperada y temerosa del capital ponen en evidencia que, con el levantamiento, los manifestantes ponían en cuestión algo más que el régimen egipcio: se confrontaban también con unos EE.UU. imperiales y con el capitalismo global en sí. Desde la Segunda Guerra Mundial, la política norteamericana ha buscado mantener el control de los abastecimientos energéticos de la región, los más grandes del mundo. A los líderes locales, como Mubarak, se les da respaldo y se les permite acumular riqueza y poder para sí mismos en cantidades significativas. A cambio, ellos acceden a operar dentro de un marco global dominado por los Estados Unidos y sus intereses económicos y estratégicos. El objetivo norteamericano decisivo en Egipto consiste en impedir que emerja un régimen que pudiera poner en cuestión la hegemonía de EE.UU. en Oriente Medio o poner en marcha un modelo social alternativo, no

⁹⁹ Gopal, «Egypt's Cauldron of Revolt».

capitalista, que fuera un ejemplo para otros. En Egipto, uno de los centros importantes de la vida cultural árabe, la perspectiva de que pudiera emerger un régimen socialista o antiimperialista con seguridad aterroriza a los centros del poder occidental.

Como Naomi Klein documenta en *The shock doctrine* [La doctrina del shock], el FMI, el Banco Mundial y otras IFI con frecuencia se aprovechan de las crisis (como por ejemplo la crisis egipcia de la deuda de 1982-1990) para imponer programas antidemocráticos de neoliberalización a poblaciones confiadas y «conmocionadas». El propósito de los préstamos y otros tipos de ayuda propuestos a Egipto, que totalizan algo así como 15.000 millones de dólares, es consolidar el poder de la clase capitalista y el ejército bajo el disfraz de una transición ordenada. Esos líderes «responsables» están determinados a proseguir con el impulso neoliberal, aunque con una fachada de elecciones libres y de un Estado más contenido que ofrece acomodación a la autoexpresión individual y permite el derecho a formar partidos políticos. No hay duda, una precondition interiorizada para la entrega de los préstamos es la continuada privatización y liberalización de la economía egipcia. Como dijo el FMI en un informe dirigido a la cumbre del G-8 del 26-27 de mayo, «las políticas del Gobierno [de Egipto] deben apoyar la existencia de ese entorno facilitador en el que florece el sector privado».¹⁰⁰

A pesar de la prolongada lucha expuesta más arriba, de acuerdo con el relato ideológico de Occidente la insurrección egipcia fue en gran parte dirigida contra un puñado de individuos corruptos que impedían que el capitalismo funcionara adecuadamente, lo que demandaba por tanto que se impusiera el capitalismo “normal”, «democrático». Según esta perspectiva, ¡la revolución egipcia fue una revolución pro-mercado! El presidente Obama, ciñéndose a este relato cuidadosamente construido, anunció un canje de la deuda de 1.000 millones de dólares (aunque se desinformó sobre ello denominándolo cancelación de la deuda), por el cual los Estados Unidos aceptaban reducir la carga de la deuda en la medida en que Egipto aceptara usar el dinero de acuerdo con los deseos

¹⁰⁰ Adam Hanieh, «Egypt's orderly transition? International aid and the rush to structural adjustment» [¿Una transición ordenada en Egipto? La ayuda internacional y la carrera hacia el ajuste estructural], *Jadaliyya*, 29.05.2011, <http://jadaliyya.com>.

de Washington. Y Obama dejó perfectamente claro en qué consistían esos deseos:

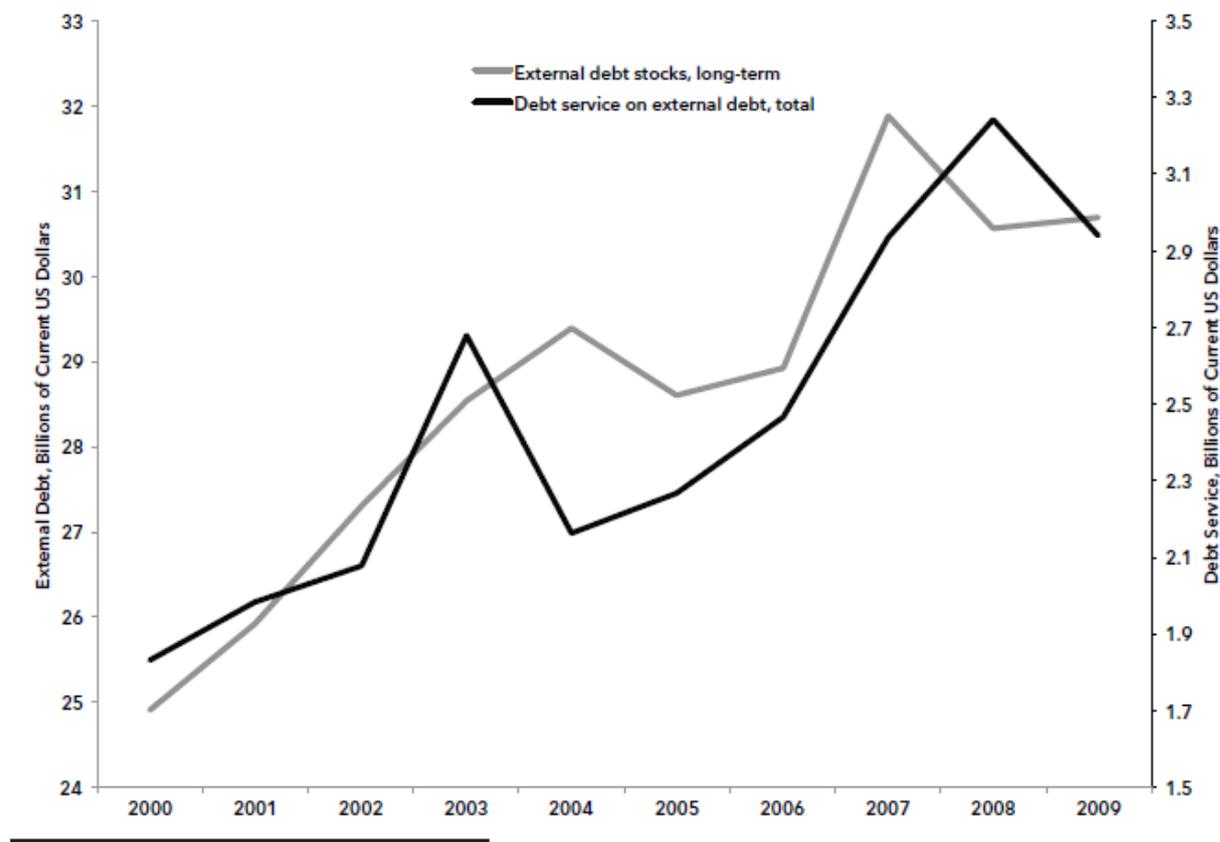
el objetivo debe ser un modelo en el que el proteccionismo ceda el paso a la apertura, las riendas del comercio pasen de unos pocos a la mayoría, y la economía genere puestos de trabajo para los jóvenes. El apoyo de Norteamérica a la democracia, por tanto, se basará en asegurar la estabilidad financiera promocionando la reforma e integrando los mercados competitivos entre sí y con la economía global.¹⁰¹

El ciclo de la deuda es otro mecanismo por medio del cual los líderes internacionales encadenan Egipto al capitalismo global y fuerzan a su Gobierno a proseguir con las reformas neoliberales. Al perpetuar el ciclo de la deuda, por el que Egipto necesita acceso constante a nuevo crédito con objeto de atender su endeudamiento a largo plazo, el país tendrá que hacer cualquier cosa que sea necesaria para mantener el flujo de préstamos hacia el interior. Este ciclo de la deuda da como resultado un flujo hacia el exterior de capital desde Egipto a los prestamistas internacionales. Entre 2000 y 2009, las transferencias netas que afectan a la deuda egipcia a largo plazo (la diferencia entre préstamos recibidos y pagos de la deuda) alcanzó los 3.400 millones de dólares. Durante el mismo período la deuda de Egipto *creció* un 15%, a pesar del hecho de que el país retornó un total de 24.600 millones de dólares en préstamos (figura 3).¹⁰² Este ciclo de dependencia que se autorrefuerza, y que redistribuye miles de millones desde los estratos pobres egipcios a los financieros internacionales, concede a tales instituciones una influencia desmedida sobre el gobierno de Egipto, y ello a pesar del hecho de que buena parte de esta deuda es lo que se conoce como deuda detestable, contraída por una dictadura no electa que cuenta con el aliento del FMI, el Banco Mundial y otras instituciones. Mientras se mantenía a millones de egipcios en la pobreza más desesperada, el círculo íntimo de Mubarak y la clase capitalista se enriquecieron por miles de millones de dólares.

¹⁰¹ «Remarks by the President on the Middle East and North Africa» [Palabras del presidente sobre Oriente Medio y África], La Casa Blanca, Oficina del Secretario de Prensa, 19.05.2011, <http://whitehouse.gov>.

¹⁰² «World development indicators, 1960-2008» [Indicadores del desarrollo mundial, 1960-2008].

FIGURA 3 Deuda externa total a largo plazo y servicio de la deuda, Egipto, 2000-2009



Fuente: Banco Mundial ¹⁰³

Otra manera de atar en corto a Egipto y establecer lo que se demonina con frecuencia un «parlamento virtual» consiste en mantener la economía abierta a la inversión exterior mediante la eliminación de las barreras comerciales y el control de capitales. Si el Gobierno egipcio no sirve a los intereses del capital, los inversores occidentales pueden desfinanciar el país mediante una rápida salida de capitales que elevaría las tasas de interés y destruiría la moneda egipcia. No es sorprendente que el mantenimiento de los flujos liberalizados de capital sea una demanda clave que se ha hecho al nuevo Gobierno egipcio,

¹⁰³ «World development indicators, 1960-2008» [Indicadores del desarrollo mundial, 1960-2008].

atado asimismo a la extensión continua de la ayuda y el crédito, mientras la clase empresarial egipcia alerta al movimiento revolucionario en curso de los peligros de una evasión de capitales. De forma siniestra, el Servicio a los Inversores de Moody's ha rebajado su clasificación para cinco de los principales bancos egipcios, una iniciativa que con seguridad provocará una reacción de los mercados internacionales. Profundizar en la liberalización y la privatización, en cambio, es casi seguro que mejoraría esas clasificaciones.

Es por esas razones que, con Egipto en riesgo de bancarrota, miembros del Gobierno de transición se han presentado a un conjunto tras otro de banqueros internacionales suplicando crédito y renovando el compromiso permanente de los cargos de poder con las políticas neoliberales. Como dijo un representante del actual Gobierno en el encuentro del 20-21 de mayo del Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo (diseñado al acabar la Guerra Fría para reestructurar las economías de la Europa del Este de acuerdo con los principios del libre mercado, con resultados desastrosos), «el actual Gobierno de transición sigue comprometido con el enfoque del mercado abierto, que Egipto seguirá buscando y a un ritmo acelerado una vez celebradas las elecciones, ya próximas».¹⁰⁴ Declaraciones similares se han anexado por parte del Banco Mundial, FMI, G-8 y los Estados del Consejo de Cooperación del Golfo a compromisos de ayuda y respaldo.

Los líderes egipcios, nombrados por los militares, han dejado claro que esas declaraciones no son simple promesas. Con objeto de garantizar la continuidad de tales flujos financieros y consolidar el poder de clase interno, el Gobierno de transición ha puesto fuera de la ley todo tipo de huelgas laborales (punibles con períodos de cárcel o multas de hasta 84.000 dólares) y ha impuesto una represión drástica de las protestas.¹⁰⁵ Esfuerzos como estos, destinados a desmovilizar al movimiento obrero, se han complementado con un intento coordinado de escindir la coalición formada por los trabajadores y el movimiento de los jóvenes urbanos. Al persistir las acciones obreras, con la presión de muchos trabajadores para establecer sindicatos más independientes que tengan voz en los procesos políticos y productivos, la televisión y las

¹⁰⁴ «Statement on the occasion of EBRD anual governors' meeting, Astana-Kazakhstan», 20-21 de mayo de 2011, <http://ebrd.com>.

¹⁰⁵ Abigail Hauslohner, «Has the revolution left Egypt's workers behind?» [¿Ha dejado atrás la revolución a los trabajadores egipcios?], *Time Magazine*, 23.06.2011, <http://time.com>.

emisoras radiofónicas estatales, a pesar de sus alabanzas hacia los protestatarios de Tahrir, han denunciado continuamente a los trabajadores en huelga por su egoísmo y su intención de destruir la economía. Incluso Wael Ghonim, el ejecutivo de Google al que se veía como una especie de líder dentro del movimiento urbano, se expuso en Twitter de esta manera: «Queridos egipcios, volved al trabajo el domingo. Trabajad como nunca antes y ayudad a Egipto a convertirse en un país desarrollado».¹⁰⁶ La clase capitalista egipcia y sus aliados internacionales esperan que, al poner en marcha reformas políticas blandas, como la libertad de organizar partidos políticos y la libertad de expresarse con mayor libertad, se podrá apaciguar al movimiento urbano y atajar una democratización y transformación social más radical.

Los temores de que el levantamiento egipcio se vuelva explícitamente anticapitalista acechaban probablemente detrás de las declaraciones de apoyo a la «justicia social» hechas por el jefe de la delegación del FMI para Egipto después de un acuerdo negociado en secreto con el ministro de Finanzas de Mubarak, Samir Awat, para un préstamo de 3.000 millones de dólares.¹⁰⁷ Al dar su apoyo a ciertos cambios menores, como un ligero aumento del salario mínimo, también el FMI espera apaciguar al movimiento urbano y separarlo de los trabajadores, preservando así la hegemonía de la clase capitalista y de un ejército alineado con los Estados Unidos. Verdaderamente, puesto que una mayoría de egipcios trabajan en el denominado «sector informal», como subrayó la OIT, cambios como estos son meramente cosméticos y es improbable que mejoren sustancialmente la vida de los trabajadores.¹⁰⁸ Hasta el momento, sin embargo, estos esfuerzos por dividir a los trabajadores y al movimiento de jóvenes urbanos no han tenido éxito: bajo la tremenda presión de las manifestaciones en curso en El Cairo y de las continuas interrupciones laborales, el régimen, abruptamente, anunció que rechazaría todos los préstamos precedentes del FMI y el Banco Mundial.

¹⁰⁶ CNN Wire Staff, «New normal: Egyptians return to work» [Nueva normalidad: los egipcios vuelven al trabajo], *CNNWorld*, 12.02.2011, <http://articles.cnn.com>.

¹⁰⁷ Mariam Fam, «IMF agrees to \$3bn Egypt loan for post-Mubarak transition» [El FMI acepta un préstamo a Egipto de 3.000 millones de dólares para la transición post-Mubarak], *Bloomberg*, 5.06.2011, <http://bloomberg.com>.

¹⁰⁸ Ahmed Feteha, «Minimum wage in Egypt is irrelevant for poverty: ILO expert» [El salario mínimo en Egipto es irrelevante para la pobreza, según un experto de la OIT], *Ahramonline*, 14.06.2011, <http://english.ahram.org.eg>.

La lucha, sin embargo, sigue su curso. Ante la continuidad de las acciones obreras y las protestas a lo largo y ancho del país, el Gobierno anunció que concentraría su gestión, no en los préstamos del FMI y el BM para satisfacer a los mercados internacionales, sino en la reducción del déficit. A pesar de ello, las huelgas en marcha, que atraviesan todo Egipto, han obligado a la Junta Militar que controla el país a multiplicar por seis el salario mínimo mientras una batería de nuevos sindicatos independientes surgen por toda la nación. La insatisfacción en curso ha obligado también al Primer Ministro interino Essam Sharaf a comprometerse a una reorganización del Gobierno. Pero el nombramiento como ministro de Finanzas de Hazem Beblawi, un profesor de economía de 74 años asociado con las ampliamente menospreciadas reformas neoliberales, ha provocado de nuevo la ira popular. En verdad, Beblawi ha declarado que él tomaría en consideración aceptar préstamos del FMI, a la vez que rechazaba una reformulación del presupuesto diseñado por su antecesor, Samir Radwan, ministro de Finanzas nombrado por Mubarak, presupuesto ampliamente criticado. Tanto los revolucionarios de Tahrir como los de las fábricas han denunciado al unísono el presupuesto de Radwan como ajeno a las demandas de justicia social hechas por la revolución.¹⁰⁹

Mientras que enormes cantidades de ayuda procedentes de Estados Unidos y sus aliados continúan fluyendo sin desmayo hacia los militares que gobiernan Egipto, el país se encuentra en una encrucijada: puede continuar funcionando como un apéndice del imperio norteamericano y el capital transnacional globales, o puede diseñar un trayecto más independiente. Pueblos de todas partes de América Latina y Asia han dado ya pasos significativos para tomar los asuntos en sus propias manos, desafiando la voluntad de Estados Unidos y embarcándose en transformaciones sociales que han mejorado las vidas de millones de personas. Está por ver si Egipto será el primer Estado de Oriente Medio que siga sus nuevos pasos, o se mantendrá como vasallo del imperio y sujeto a los designios del capitalismo global.

Octubre de 2011

¹⁰⁹ Dave Enders, «New Egyptian finance minister Hazem Beblawi draws flak over past policies», *The National*, 27.07.2011, <http://thenational.ae>.